

FERNANDO MARTINEZ HEREDIA. Sociólogo. Dirige el Departamento de Estudios Regionales en el CEA.

Transición socialista y democracia: el caso cubano

Un análisis de la democracia en la Revolución Cubana que parte de considerar la transición socialista como un proceso específico, sus contradicciones y la política de rectificación

I

La cuestión de la democracia recorre América en los años ochenta. De Guatemala a Argentina parece unificar los proyectos y esperanzas políticas, aproximando así las realidades tan disímiles de nuestro continente. Se le busca realidad mediante procesos identificados en su superficie por el establecimiento de los civiles en el Poder Ejecutivo y la promesa formal de los militares de limitar sus atribuciones. Las elecciones recobran prestigio social y convocatoria, las entidades intermedias y municipales se ponen también a debate cívico. Un gran alivio se asocia de una u otra manera a la democracia y a lo que pudiera esperarse de ella, después de tantas matanzas terribles.

Nunca antes, sin embargo, habían existido en América tantas fuerzas capaces de entender las limitaciones de la democracia al uso, ni tanta acumulación de cultura de la rebeldía y de la necesidad de organizarse para luchar por las reivindicaciones populares. A todo líder, partido y gobierno democrático se le exige una política económica de objetivos claros, y nadie que no sea demasiado ingenuo separa hoy democracia de economía.

Por otra parte, el Estado mismo y el sistema político parecen estar en entredicho como puntales y promovedores de la democracia; en su lugar, y en cierta medida en su contra, muchos estiman necesario que crezca el poder alternativo de una sociedad civil organizada en movimientos sociales que tienen sus banderas y objetivos particulares, los que formarían un entramado capaz de hacer prevalecer finalmente una verdadera democracia.

En cuanto al primer escollo mencionado arriba, el de la economía, no hay obviamente una etapa de bonanza o crecimiento más o menos generalizado que sirva de base a la ofensiva democrática oficial, esto es, no existe en general el espacio de un reformismo económico. Por el contrario, niveles brutales de pauperización masiva de la población, límites acentuados cada día de las posibilidades de las economías nacionales, dominio en perfeccionamiento de los mecanismos transnacionales y del

sistema imperialista, son los rasgos dominantes de los que dan cuenta las estadísticas, los informes y los análisis de muy diversas procedencias.

El segundo escollo, el de la política, tampoco puede examinarse con ligereza. Salvando decisivas particularidades nacionales, son en su mayoría los partidos políticos tradicionales modernizados los que ejercen o discuten el poder; alas populares de ellos mismos, o identificadas con estas, suelen ser el teatro de la expansión de la participación política y de la ampliación del consenso. Los partidos revolucionarios fueron cruelmente golpeados y diezmados en las dos décadas pasadas, y en su mayoría hoy se recuperan o reorganizan; no hay, en muchos países, proyectos radicales que pretendan el cambio profundo del orden existente. Y los movimientos sociales, que ganan fuerza y profundidad en medidas diversas, tienen ante si disyuntivas difíciles e interrogantes acerca de sus objetivos, métodos y participación en proyectos sociales más generales.

Otra América existe también al sur del río Bravo, y no puede dejarse a un lado al examinar la cuestión de la democracia. Ante todo Cuba, con un poder revolucionario socialista que tiene casi treinta años de vigencia y desarrollo. Nicaragua, con su Revolución Popular Sandinista, teatro de profundas transformaciones sociales y desangrada a diario por la agresión norteamericana. La revolución salvadoreña, que controla porciones apreciables del territorio, combate en casi todo el país y ensaya en medio de la guerra el cambio revolucionario.

La lucha tenaz de los revolucionarios guatemaltecos, una y otra vez levantados sobre el genocidio. Y en varios otros países se combate y se formulan proyectos de poderes populares.

En suma hemos tenido, como resultado de las últimas décadas, una modernización del capitalismo culminada en más dependencia del imperialismo norteamericano, más transnacionalización, más pauperización, más desigualdades de los marginados y los explotados, más medios de control ideológico y cultural en manos de las clases dominantes. Una revolución socialista en el poder y una revolución popular en el poder, y al menos otra en curso. Un modelo represivo a gran escala destinado a asegurar el orden durante los cambios necesarios, para mantener los terribles niveles de explotación y de marginalización, por una parte, y por otra para destruir o evitar que la protesta se organizara y las revoluciones de liberación triunfaran. Un trabajo sucio y sangriento que dio fin a una etapa temprana de la revolución latinoamericana dondequiera que pudo, y preparó condiciones para la explotación "contemporánea" del trabajo y la readecuación del capitalismo neocolonial a las exigencias del capitalismo mundial. Un proceso, en su mayor parte reciente, de privilegiar el consenso y estructurar poderes civiles y de tipo más o menos representativo en un conjunto de países con características muy diversas en que se ejercieron dictaduras muy represivas.

Este es, de forma demasiado sucinta, el marco de la cuestión democrática en América Latina de hoy. Tiene más condicionantes, naturalmente, en una región neocolonizada pero con Estados independientes generalizados desde hace más de siglo y medio, frutos de guerras de independencia; con una fortísima urbanización creciente en este último medio siglo; con una larga historia de rebeldías y luchas de clase emprendidas bajo todas las percepciones ideológicas existentes. Región condicionada también de manera creciente por el intento de dominación ideológica y cultural a fondo de los Estados Unidos, que experimenta cambios cualitativos que es cuestión de vida o muerte conocer y enfrentar. Y condicionada por último, pero no con menos importancia perspectiva, por la internacionalización creciente del capitalismo, de las revoluciones y del socialismo, del flujo de las informaciones y de las influencias sobre las percepciones y los modos de comportamiento, del papel de las ideas sobre el curso y derrotero de los procesos sociales.

Sobre un tema tan vasto e importante se han escrito centenares de trabajos en América Latina en estos años, que configuran ya un teatro de confrontación de ideas y de desarrollo de los estudios sociales por un rumbo determinado. En las páginas que siguen trataremos básicamente un aspecto del tema de la democracia; la forma ensayística asumida pretende más libertad para plantear ideas, ya que lo que se quiere es contribuir a un debate que apenas se está abriendo. Porque es necesario señalar que, siendo de lo más trascendente para el caso de la democracia en América, el tema que escogimos no es de los más tratados, e incluso para cierto número de estudiosos no es propiamente considerado como un tema a tratar. Se trata de la cuestión de la democracia revolucionaria cubana.

II

Comenzaremos por la cuestión de las ideas, porque las expresiones democracia, democrático, ¿responden a una definición determinada? Supuestamente, a partir de una teoría y unas prácticas dadas se llega a una significación de "democracia" que es común para todos. Sin embargo, los marxistas insistimos siempre en que a la democracia hay que ponerle apellido: burguesa, socialista o esclavista incluso. Nosotros tomamos esa precisión como una de las fuentes básicas de los juicios (y hasta de los prejuicios) de nuestra comunidad intelectual y política; por su parte, nuestros adversarios no suelen reconocer aquella distinción como válida o relevante. Lo cierto es que resulta imposible conocer y operar con el concepto de democracia sin referirlo a una determinada sociedad, ni dejar de dar cuenta de su extraordinaria carga ideológica.

(La precisión anterior no pretende subestimar o negar temas que no llegaremos a tratar aquí. El más importante de ellos, para nuestro punto de vista, es el del valor extraordinario que tienen las luchas políticas populares que reivindican el imperio y el ejercicio de la democracia).

Democracia es un concepto, e integra un ideal, socializados por la ideología burguesa. Precisamente, junto con la idea de libertad, es lo más característico de las revoluciones, del régimen político y de la ideología política de la burguesía.

Las preguntas más generales que pudieran plantearse en el momento actual son: ¿en qué consiste la democracia?, ¿cuáles son las democracias?, ¿por qué se está o no en un régimen democrático? Son las respuestas esperadas, sin embargo, las que definen al que pregunta. Por una parte, pueden tenerse muy en cuenta las formulaciones teóricas que se han dado a través de la historia "moderna" (historia europea, naturalmente, y norteamericana) acerca de la democracia, desde Bodin y Hobbes hasta los constitucionalistas y los teóricos y especialistas más contemporáneos. Por otro lado, la idea de democracia también puede relacionarse con la realización como tal del ser humano, de la libertad del individuo, la falta o el franqueo de posibilidades que este tiene con relación al poder estatal, al poder represivo, al poder burocrático, a todas las instancias de dominación del hombre sobre el hombre. Este segundo punto de partida es el de la relación existente entre libertad del hombre y democracia organizada como el conjunto de instituciones de la sociedad. El primero de los acercamientos —tan someramente referido— es el de la democracia como teoría política. El segundo nos lleva, entre otros, al problema del autoritarismo y el antiautoritarismo.

En tercer lugar, habría una aproximación de tipo práctico. ¿Han sido regímenes democráticos de Europa y los Estados Unidos la realización de la democracia, como por lo general se ha dicho? Si en cierto grado lo han sido, la medida en que se entienda que lo han conseguido diferenciará más o menos a los que ven a la democracia como un ideal realizado y a los que estiman que el ideal no ha tenido una consecución práctica. Entre estos últimos puede distinguirse entre los que esperan con optimismo un perfeccionamiento futuro de la democracia, y los que entienden que ya sólo es posible llevarla a la práctica mediante cambios profundos y nuevos actores.

Si la pregunta fuera hasta qué punto han sido los regímenes de América Latina una realización práctica de la democracia, sea como aplicación de los principios de la teoría política o en el terreno de la relación "libertad del hombre-autoridad", las respuestas tenderían obviamente a ser negativas en mucho mayor grado, y las esperanzas desempeñarían un papel muy superior. Es decir, se espera que se llegue al fin a conseguir la democracia o se pretende elaborarla de maneras nuevas.

Hay todavía un corolario que se refiere más inmediatamente a las prácticas políticas y las luchas ideológicas del día. Se trata de lo referido a democracia en cuanto a la calificación de un régimen determinado. Esto es, ¿es democrático el régimen de un país específico?, ¿son democráticos los países agrupados en un tipo de régimen determinado? Unidas ahora las tres cuestiones que hemos venido presentando: las

teorías políticas acerca de la democracia, la correlación libertad del hombre-autoridad y la realización práctica de las ideas de ambas, se constituyen en preguntas más inmediatistas, tales como ¿es tal país, o son los países que tienen tal régimen, democráticos?

Esta cuarta cuestión lleva a identificar un repertorio de "atribuciones" de la democracia, acorde con la posición que se comparta, que permite arribar a la caracterización de conjunto de qué es efectivamente un país democrático, qué se le exige, qué atributos debe tener de todos modos para serlo, qué condiciones son suficientes para que lo sea.

Como todo lo demás, los conceptos y teorías también tienen su historia. En el caso de la democracia y la libertad, su desarrollo teórico propio no puede dejar de referirse, además, al que tuvo el pensamiento social en el marco del despliegue del capitalismo en Europa en esos tiempos históricos que todavía llamamos modernos.¹ En el curso de colosales transformaciones materiales sólo comparables a las que sacaron a la Humanidad de las formas más primitivas de sociedad, el conocimiento de los procesos de la naturaleza, del individuo y de las sociedades sufrió verdaderas revoluciones; un riquísimo entramado intelectual configuró explicaciones que pusieron a la historia (natural, social, política) por encima de la trascendencia, y al individuo en el lugar central que las revoluciones y el nuevo régimen reclamaban. Se abrió paso entonces el análisis científico de la economía y de la política, y también el de sus diferencias y relaciones; las teorías y las ideologías acerca de democracia y libertad tuvieron cada vez más en cuenta aquellas diferencias y relaciones, pese a su aparente pertenencia al campo de la política y de las teorías generales de la sociedad. Quizás sea la ambigüedad del término liberalismo—brillando siempre entre la política, la economía y las prácticas de ambas— lo que exprese mejor esa relación.

Con el desarrollo mundial del capitalismo, se han ido produciendo teorías que relacionan el grado de desarrollo económico con la posibilidad de democracia. Simplificando mucho, podemos advertir tres vertientes en las teorías que permanecen dentro del campo de la cultura burguesa. Para la primera, el triunfo pleno del capitalismo económico es la condición; en él encontrará expresión y cauce la democracia política, sea su advenimiento rápido o demorado. Es la más antigua vertiente, y su proposición de repetir el camino no se diferencia de la historia "general", esto es, de la de Europa Occidental y los Estados Unidos.

¹ Las limitaciones de nuestro objetivo nos obligan a olvidar los aportes más antiguos al tema de la democracia; el aporte de los pensadores griegos es muy significativo y muy manipulado por la cultura burguesa. Recordaré solamente (y por tanto también tendenciosamente) un pasaje de Aristóteles, en su política, sobre las dos formas fundamentales del gobierno: "... la democracia, cuando gobiernan los libres, y la oligarquía, cuando gobiernan los ricos y en general los libres son muchos y los ricos pocos".

Para un segundo conjunto de pensamiento, el "subdesarrollo" que caracteriza a regiones enteras del mundo exige dictaduras que resultan negadoras del ideal democrático, ideal que sin embargo ya se ha conocido e intentado practicar usualmente en estos países, por la difusión universalizante propia del capitalismo, por el mercado mundial, las comunicaciones, el colonialismo y otras influencias "civilizadoras". Esas dictaduras harán el "trabajo sucio" de la acumulación económica imprescindible, privarán a la mayoría de sus "derechos económicos" a la vez que de los políticos, pero terminarán creando las bases para su propia desaparición: el país, ya con fuerzas para construir su vida moderna, los eliminará; esa vida moderna (capitalismo, al fin) generará la necesidad impostergable de la democracia.

La tercera vertiente está constituida por las teorías relativas al papel intermediario de las revoluciones de liberación nacional y socialistas entre las sociedades atrasadas y "subdesarrolladas" y su conversión en sociedades "modernas" y democráticas.

El problema le emerge a estas teorías de la realidad de las luchas violentas de liberación, con organizaciones revolucionarias que logran llevar al triunfo a masivos agentes populares, cuya exigencia de acceder a una parte de la riqueza social es potenciada por su asunción del proyecto revolucionario, más profundo y totalizador. El socialismo de los subdesarrollados (¿el socialismo que existe?) sería entonces la vía hacia la democracia. Al instituir individuos modernos ante la producción, la distribución y el consumo, ese socialismo les estaría dando una actividad social y una calidad de la vida aceptables para que vayan desarrollando una esfera espiritual en que llegarán a realizarse como individuos, y los entrenaría en la participación, aunque ella se diera a través de formas políticas dictatoriales consentidas. Cuando todo esté maduro, y esté creada la base necesaria, vendrá la democratización de esos regímenes, proceso que es deseado con cantidades mayores o menores de capitalismo en lo interno, pero sobre todo en su integración al capitalismo mundial.

Detengamos esta aproximación tan somera al tema de la democracia para pasar al asunto mismo que queremos tratar.

III

La pregunta podría ser, por ejemplo: ¿por qué Cuba es un país democrático, y por qué no lo es? Este planteo parece realmente muy ambiguo, y corre el riesgo de ser entendido en el sentido irrisorio de un juego "dialéctico", pero lo cierto es que trata de perseguir a su objeto, la Revolución Cubana, desde el medio teórico de la democracia.

La sociedad cubana actual es ante todo la resultante de inmensas transformaciones de las realidades que la caracterizaron hasta 1959. Vista desde otro ángulo, es la conformación progresiva de un complejo social en el que son advertibles determinados rasgos económicos, ideológicos, políticos, de la actividad internacional, de la vida

cotidiana, etc., que referimos a un ideal de sociedad a la que llamamos socialista. En tercer lugar, y siempre en función de nuestro objeto, entendemos que las instituciones políticas, económicas, de reproducción de la vida social, de la vida espiritual de la sociedad (la producción de cuerpos de creencias, ideología, de maneras de ver la vida) de Cuba, su funcionamiento y tendencias, forman un complejo que puede analizarse, y valorarse sus resultados, con ayuda de un clasificador referido al concepto y la práctica de la democracia.

Hay ya un problema teórico implicado de inmediato.

Democracia, en cualquiera de las formas de que se trate, surge del desarrollo del capitalismo en el mundo y sus experiencias prácticas. El análisis de Cuba con relación a la democracia es el análisis de una sociedad que ha sido objeto de profundas transformaciones contra el capitalismo, tanto el nacional como el internacional norteamericano, que es, con mucho, el más fuerte de todos los capitalismos nacionales.

Entonces el problema teórico se encuentra concentrado primero en el hecho de que son dos realidades teóricas y prácticas aparentemente demasiado diferentes. En una se ha producido la revolución anticapitalista y antimperialista. En la otra se trata de las peticiones o exigencias que se plantean al conjunto de la realidad de la sociedad capitalista, tanto realidad material como ideal, de que sea perfecta o perfectible de un modo dado. Esa incongruencia rige de entrada las mediciones y las valoraciones consecuentes que se hagan de la democracia en Cuba.

El segundo problema es el de la transición misma del capitalismo al socialismo, que también tiene implicaciones teóricas y prácticas en la historia contemporánea y el mundo de hoy.

Todos los teóricos marxistas comparten la idea, y parece algo comparable en la realidad y perceptible por el sentido común, de que la toma revolucionaria del poder político no trae consigo la transformación general e inmediata de la sociedad. Hay todo un periodo histórico (que no viene al caso discutir aquí cómo llamarle) cuyo contenido es la transición del capitalismo al comunismo —en las ideas de los fundadores del marxismo -leninismo— y que se han querido especificar mejor en cuanto a las fases, etapas, tipos de instituciones, tareas principales, rasgos predominantes, etc. Este nuevo problema es el de la definición de la transición socialista, y la caracterización de su concreción nacional y de la etapa de ella (o las etapas, sí se trata de un período más o menos prolongado) en que se está viviendo.

El carácter de transición de nuestra sociedad tiene una importancia extrema respecto a la cuestión de la democracia, que trataremos de dejar expresado. Al comenzar por los problemas teóricos de la relación, hay que advertir contra la confusión —quizás una de las mayores que en nuestro propio campo se ha padecido— a, que se llega si partimos de la pregunta (abstracta, burguesa) de cómo se hace práctica la democracia. No hay correspondencia posible entre la exigencia que se hace

en los regímenes capitalistas de que en el terreno democrático la práctica se parezca cada vez más al deber ser, y los modos como se organizan y reorganizan las instituciones y los conjuntos de creencias e ideologías en los regímenes de transición, cualesquiera que sean sus particularidades y etapas en que se encuentren.

Otra cuestión de la mayor importancia es la existencia en el régimen de transición de la comprensión previa de lo que se quiere hacer. Hay ingenuidad o presunción en creer que por tenerse una claridad más o menos científica acerca de la transformación social de capitalismo a socialismo resulta factible hacer lo que se quiere a la hora de las transformaciones prácticas. Sin embargo, lo contrario tampoco sería cierto. El hecho de que una vanguardia política tenga ya conocimientos, ideales, ideas, prejuicios, experiencias, lecturas, vivencias, del nuevo régimen socialista que pretende construir en su país, implica una prefiguración de la acción y de sus resultados perspectivas que nunca antes pudieron tener los grupos que accedieron al poder con el desarrollo del capitalismo en los países de América y del mundo.

Esta comprensión de lo que se quiere hacer es un rasgo importantísimo que conlleva develación —verdad es que sólo hasta cierto punto— de las relaciones entre la ideología y el conjunto de la vida social. Esa implicación es decisiva. La democracia burguesa, cualesquiera que sean sus puntos de partida, ha significado siempre una velación de las relaciones entre lo que se quiere hacer y la realidad tomados como un conjunto, por una parte, y lo que la realidad puede dar de sí, permítaseme la expresión. No se trata de que el capitalismo sea una mentira y el socialismo una verdad: eso es absurdo. La "verdad" del capitalismo puede conocerse a partir de su realidad material y su realidad ideal, pero esta segunda funciona, en lo que estamos tratando de analizar, democracia y libertad, también como un mito, como un conjunto de creencias y esperanzas que velan el carácter de la dominación burguesa. Mito que a la vez restablece de una manera práctica —las prácticas ideológicas y políticas— los atributos sociales necesarios para el consenso en el modo capitalista de producción y reproducción de la explotación. El capitalismo sólo puede ser explicado y conocido a partir de otros conceptos, los de producción mercantil generalizada, desposesión de los productores de medios propios de producción y de vida, mercado mundial, mercado nacional, individuos personalmente libres, venta y compra de la fuerza de trabajo, plusvalía y ganancia, creación de poderes políticos y de reproducción ideológica del poder por medio de la participación política mucho mayor que antes de una parte incomparablemente mayor de la población; totalidad que encuentra su clave en el modo de producción capitalista.

La formación social capitalista tiene radicales diferencias respecto a los regímenes de clase que la precedieron que no es necesario enumerar, pero sí tener en cuenta para el caso. Los fundadores del marxismo destacaron ese carácter del capitalismo, su especificidad y las perspectivas que se abrían para una liberación de toda explotación y dominación de los hombres mediante una revolución —que llamaron

revolución proletaria— contra el conjunto de la manera de vivir burguesa. El evolucionismo que influyó tanto en la cultura desde hace un siglo incorporó la creencia en la evolución progresiva de las sociedades a través de la historia, para encontrar, por así decir, una explicación "natural" de lo social. La explicación natural de la naturaleza había sido —y esta es una adquisición científica e ideológica del capitalismo triunfante— antirreligiosa y antisobrenatural; la evolución natural de lo social conducía al régimen capitalista, una culminación que no necesitaba una legitimación extraña a sí misma, un régimen por sí, con instrumentos propios para evolucionar y perfeccionarse.

La introducción en el marxismo de un evolucionismo progresivo de las sociedades, que se sucedieron y se sucederán ineluctablemente, introdujo el riesgo de perder la diferencia específica de la sociedad capitalista —lo que acarrea consecuencias teóricas y prácticas muy perjudiciales— y también el de perder la diferencia específica de la propia transición socialista en aspectos de considerable importancia. El régimen de transición es radicalmente diferente a todas las formaciones sociales anteriores.

¿Dónde reside la dificultad real, más allá del reino del "error", que hace que la diferencia específica entre capitalismo y socialismo todavía no se realice de manera más concluyente? Está en el predominio del mercado, de la producción mercantil generalizada nacional e internacional como base de las relaciones materiales existentes, lo que en el caso de nuestro país, en lo inmediato material, es todavía más agudo que en el caso de otros países.

Sobre esta base se construye, sin embargo, un poder que pretende negar al conjunto del modo de producción mercantil capitalista. Este poder socialista ha expropiado los medios fundamentales de producción y de vida y los ha puesto al servicio de la transición, y tiene la comprensión previa general de lo que pretende, incluida la contradicción que he apuntado arriba. Esta develación de la inconciencia del propio ideólogo, de la inconciencia (permítaseme el término) de la ideología, afecta en cierta medida las determinaciones del modo de producción de la vida material sobre el poder político, las instituciones y las ideologías. El contenido socialista de la revolución reside en gran parte en la violentación de aquellas determinaciones, en un rico y complejo proceso de actuaciones concientes organizadas socialmente.

Lo que del aparato político e ideológico del sistema capitalista siga existiendo en el curso de la transición socialista ya no tiene la misma o parecida función, desde el momento en que se le utiliza concientemente, o se lucha por reducir su ámbito o eliminarlo. Del mismo modo que ha cambiado de función y disminuido su peso antes ineluctable el mercado generalizado y la producción para el mercado mundial aunque se esté viviendo parcialmente en él, se está tratando de crear la sociedad que lo va a negar en su totalidad.

Entre otras cuestiones fundamentales, surge aquí de inmediato la del uso de los factores extraeconómicos en la transición socialista., sobre todo la fuerza y la educación. Sin duda alguna, fuerza y educación fueron básicos para el capitalismo en sus desarrollos nacionales y a escala mundial: de esa realidad no está exento ninguno de los países que se exhiben hoy como democracias. Fuerza y educación —y educación a la fuerza— fueron formas a través de las cuales se desarrolló el régimen económico, y también el político e ideológico capitalista. Después, por sólo citar el más escandaloso ejemplo, el fascismo en Europa Occidental y Central fue un fenómeno floreciente y dominante siglo y medio después de la Revolución Francesa. Sólo a partir de 1945 se pudo estabilizar en los países capitalistas más desarrollados de Europa el régimen que llamamos de democracia burguesa, extendido tres décadas después hacia la "periferia" europea.

En la transición al socialismo, la fuerza y la educación desempeñan también papeles básicos, de contenido y maneras sin embargo muy diferentes al caso del capitalismo.² En primer lugar, porque el poder ha consistido, ante todo, en la liquidación del mecanismo fundamental de represión de las mayorías que es el aparato represivo del Estado burgués; y en la liquidación, hasta cierto punto, del aparato burocrático inherente a aquel Estado (hasta cierto punto, porque en buena medida es sustituido por un aparato burocrático nuevo que sobrevive hasta ahora dentro del régimen de la transición socialista.). En segundo término, porque el propósito liberador se ha iniciado en el terreno económico a partir del poder político, con la expropiación de los propietarios de medios de producción y de vida en gran escala, y el paso de esos medios al Estado y sus agencias (complementados en cierta medida por la propiedad de empresas de colectivos de trabajadores, sobre todo agrarias, cuando ellas realmente forman parte de un sistema de transición socialista).

Este apoderamiento de todo el sistema de producción y circulación de la vida material, y por tanto, de una manera determinante, del consumo y sus posibilidades, constituye un ataque a fondo a todo el orden social sobre el cual está basado el conjunto de la vida política e ideológica y de las creencias en el capitalismo. Esto es, se le quita el aparato represivo y se le quitan los medios fundamentales de reproducción de la vida material y espiritual capitalista. Entonces, el régimen nuevo ha empleado y emplea la coerción, y la fuerza incluso, para una transformación que resulta en gran medida determinada por actos de voluntad—como impuso antes su transformación social el capitalismo—pero con un fin diametralmente opuesto y con diferencias cualitativas en cuanto a la participación popular en el proceso.

² Ernesto Che Guevara trata este tema con una riqueza de pensamiento extraordinaria, entre otros lugares en "El socialismo y el hombre en Cuba" (1965).

En el capitalismo, la participación que se pidió a grandes masas de adultos, sobre todo varones, fue la participación en guerras civiles y nacionales, y en procesos electorales, la participación en el consenso que se le otorga ("la soberanía reside en el pueblo...") al nuevo poder que eliminaba las desigualdades por nacimiento y ofrecía a cada individuo la esperanza de acceder a la desigualdad, pero mediante la riqueza.

La participación que se exige y se facilita en la transición socialista a una masa muchísimo mayor —a la población adulta de hombres y a la mayoría de las mujeres, pero también y sobre todo a la población juvenil e incluso infantil— es la de participar en la creación misma de una sociedad que está basada en la realidad del poder estatal y en la creencia de que el poder estatal es de todos, en la propiedad de la economía misma y de sus gajes por parte del poder estatal, y de toda la población a través de él. Se trata de la desaparición de los antagonismos entre propiedad y libertad. Es la pretensión de que ellas se den en un mismo cauce.

Ese es un ideal, en cierta medida realizado por la creencia colectiva; en cierta medida realizado por la posibilidad de planificar y actuar asignando recursos materiales y sociales a lo que considera más atinado y necesario la vanguardia, y el conjunto de la población a partir de sus propias percepciones y convicciones o a partir de la confianza que deposita en las iniciativas de la vanguardia. Todo ello basado en una realidad constituida por los hechos y por la ideología compartida por la mayoría: que la gestión económica y política se realiza para el beneficio de toda la comunidad, para el bien común. Así surge y se desarrolla un complejo social nuevo.

¿Por qué hablar entonces de democracia? En primer lugar, porque este nuevo complejo social en desarrollo está existiendo en un mundo en el que el proceso de universalización del capitalismo es cada día más fuerte, a la vez que el reto y el desgajamiento efectivo de partes del mundo capitalista por parte de las revoluciones de liberación nacional y socialistas es también cada día más fuerte. En otras palabras, que la polarización extrema que el Manifiesto Comunista preveía como cercana está sucediendo ahora, más de un siglo después.

Esta polarización extrema, después de la Segunda Guerra Mundial y hasta el día de hoy, está siendo combatida por los capitalistas por medios que buscan la ampliación y renovación del consenso acerca de su dominación. Se promueve la difusión entre las amplias masas urbanas del mundo capitalista de ideas relativas a que la vida puede ser ordenada mediante la participación de todo a, de que la vida puede ser más plena, más vivible, mediante la convivencia ordenada por la fuerza del complejo constituido por la sociedad civil y su articulación a un Estado benigno, que actúa dentro de los anchos márgenes de la legalidad, del "Estado de bienestar" y la garantía puesta a los pactos sociales durante la posguerra, o del Estado "disminuido" en su entidad y funciones por los avances de la iniciativa privada y de la sociedad civil. Estas ideas son contrapuestas a la convicción generalizada en los países socialistas y en un número creciente de personas en los países capitalistas, de que las condiciones indispensables para obtener cambios conducentes a que la gran mayoría de la población de sus países tenga cada vez más bienestar, más participación en la dirección de los asuntos sociales y más pacificación de la existencia, sólo se crean mediante los procesos de transición socialistas.

A partir de la situación de los países capitalistas desarrollados, se han formulado teorías y propuestas de estrategias basadas en transiciones graduales a obtener mediante reformas sucesivas; como las expuestas primero, estas ideas también son propuestas como modelo de cambios a numerosos países subdesarrollados. En buena medida ellas son una nueva edición del reformismo ya elaborado en la época previa a la Primera Guerra Mundial, pero sus condicionantes sociales son tan diferentes a las de aquel, que no se debe subestimar la importancia que tiene la creencia en que al fin existen en la actualidad mejores condiciones, más fuerzas sociales a favor, más desarrollo material, más civilización (por usar un término impreciso como pocos), para lograr un proceso de cambios profundos sin que sobrevenga un cataclismo social. Por ese camino, busca legitimidad la idea de que existe un peligro de cataclismo social que debe ser conjurado, y a este se le opone la factibilidad de la democratización progresiva y cada vez más completa de la vida social.

Esta cuestión es extraordinariamente importante, porque implica una renovación del mito de la democracia. En sucesivas etapas anteriores la democracia —unida a la idea de libertad— sirvió como cemento ideológico para el desarrollo de la sociedad capitalista. Hoy ya está planteada —a escala mundial y a escala de las conciencias de las comunidades y los individuos— una confrontación que puede ser decisiva entre la manera de vivir basada en el lucro y el individualismo y la manera de vivir basada en la cooperación y en la solidaridad.

La renovación del mito democrático por parte del capitalismo pretende desnaturalizar e incluso negar aquella confrontación, postulando que ha llegado la época en que es posible para todos lograr nuevos avances, dentro del capitalismo, a partir de reformas de los modos de convivencia y de las formas de organización sociales que dejan en pie todo lo que es fundamental a su sistema de dominación.

Se amplía también el ámbito geográfico de la democracia. La vieja ideología del colonialismo, con sus corolarios chovinistas y racistas, fue válida para el proceso de acumulación del capitalismo mundial, pero deja de ser eficaz para la reorganización y el intento de permanencia del imperialismo a escala mundial. El neocolonialismo —y no el colonialismo ni el protectorado— es la forma que corresponde realmente al desarrollo de las potencialidades del modo de producción capitalista a escala universal, y la expansión de la democracia burguesa es uno de sus rasgos indispensables. Para completar la comprensión de lo anterior es obligatorio sin embargo recordar que a todo esto hemos llegado a través de tremendas y generalizadas luchas nacionales y de clases, y de la existencia y desarrollo de un campo socialista. El desarrollo racionalizador y centralizador del capitalismo mundial, más la lucha encarnizada que se libra en el mundo contra su dominio, son el campo contradictorio en que pretende desarrollarse la democracia neocolonial.

La pérdida relativa de la inconciencia del ideólogo no es privativa de los revolucionarios marxista-leninistas. A lo largo del siglo XX la utilización de técnicas y de métodos cada vez mejores de conocimiento de la realidad se pone también al servicio de la actividad de los poderes burgueses, con el objetivo de llevar a la gran mayoría de la población —a la opinión pública, que es como se le llama en función de esa actividad— a consentir la permanencia de lo que la dominación burguesa considera esencial. Podemos advertir cómo se ha incorporado a cientos de millones de personas en los países del capitalismo neocolonial al juego de los consensos modernizados de una hegemonía más parecida hoy a la que funciona en los países desarrollados. La fuerza de esa ofensiva se potencia mediante el uso creciente de novísimos medios técnicos que actúan como vehículos repetidores, divulgadores e incluso como "creadores de cultura", con sus productos incomparablemente más numerosos, diversos, atractivos, inculturados; distribución y mercancías de monopolio que gozan sin embargo de precios al alcance del gran público. El resultado es que la incorporación de la vida espiritual de millones de personas al modo capitalista en un grado muy superior al que tiene su vida material desempeña un papel creciente en la lucha ideológica, cuestión cuya importancia es insoslayable destacar.

Las ideas de democracia y libertad producidas por aquella maquinaria no pueden ser, seríamos muy ingenuos si lo creyéramos, simplemente "utilizables" por los que luchan por liberar a los pueblos de la dominación. Ellas portan el mito inherente a la realidad ideológica de la que proceden, junto a proposiciones indiscutiblemente superiores de convivencia social, cierto es que formuladas en abstracto. Su concreción es fiada a representaciones políticas, organizativas e ideológicas inspiradas en las que resultan funcionales en los países capitalistas desarrollados.

Desde las posiciones capitalistas, la democracia es renovada y ampliada como parte del proceso de reproducción de su dominación en los niveles político e ideológico de la formación social, reproducción mucho más dinámica y eficaz que la del capital. Esa capacidad de reforzar la dominación que va más allá de lo "correspondiente" a la expansión del modo económico de producción neocolonial, constituye una ventaja para las burguesías. Pero envuelve también una contradicción que se agudiza en la medida en que la expansión de la actividad política va volviendo a amplias masas desposeídas cada vez más capaces de plantearse objetivos de democratización que no pueden ser satisfechos por el sistema sin afectar a las bases mismas de su dominación.

Este juego de ampliar la participación para ampliar el consenso, de "democratización" de la hegemonía burguesa, tan íntimamente ligado al peligro de que la incorporación de más personas y más capacidades humanas a la política se vuelva contra la propia dominación burguesa, es por otra parte un viejo juego al que el capitalismo está obligado, por su mismo modo de ser. El reformismo es esencial para conjurar la revolución, pero a riesgo de que del mismo medio que aquel crea, y de su negación radical y eficaz, surja la revolución. En qué condiciones y mediante qué conjunto de

acciones organizadas puede desencadenarse el proceso de liberación en cada caso constituye un tema fundamental para el conocimiento social latinoamericano, un problema teórico y práctico en el que se relacionan reforma, democracia y revolución.

IV

Se trata entonces de transición socialista, pero en medio de una región en la que predomina el capitalismo y que está viviendo luchas reales e intensos debates en torno a la democracia.

La base de la comprensión posible del régimen cubano debe partir del reconocimiento de la existencia y despliegue en Cuba de un poder político de amplia base popular, de una propiedad estatal sobre los medios fundamentales de producción y de vida, de la creencia generalizada en la población de que ese poder y esa propiedad son de todos y conforman una unidad, de la participación real de hombres, mujeres y niños, a escala de la sociedad y de múltiples maneras, en la elaboración de una nueva manera de vivir; esto es, partir del reconocimiento de que existe un nuevo modo de producción y reproducción de la vida social. Esta realidad material e ideal que es la base de la comprensión que el régimen y la sociedad cubana tienen de sí mismo, es insoslayable para el que pretenda conocerlos, cualesquiera que sean las disciplinas desde las que nos estudie o las valoraciones que tenga de los procesos sociales.

Por consecuencia, el modo de producción de transición socialista existente en Cuba debe ser el eje central de la indagación acerca de la pretensa democracia cubana. Este modo de producción incluye la participación, que ha revestido formas históricamente perceptibles y diferenciadas a lo largo de veintiocho años, de la masa de los trabajadores en el proceso mismo de la economía y de sus fines, y también de la mayoría de la población restante —constituida por sus familiares— organizada de muy diversas maneras.

Los hechos mismos por los cuales se crearon las bases de esa participación portan una originalidad que es decisiva: victoria popular armada sobre los defensores del sistema explotador; conquista de la soberanía, la liberación nacional y la social en un mismo proceso; expropiación forzada generalizada y pérdida del respeto a la propiedad privada, sus representantes y sus símbolos; sucesivas luchas de clases que ampliaron el número de los participantes, la profundidad de sus objetivos y sus ideales y su autoeducación revolucionaria; creación, fortalecimiento y desarrollo de una organización política revolucionaria que asume el poder, organiza y dirige el proceso y conduce la acción y la politización de los participantes; legitimación sostenida del liderazgo de la vanguardia revolucionaria.

Es imposible exagerar la importancia del origen revolucionario de las instituciones de la transición socialista cubana. La ruptura del orden capitalista y su sustitución por el socialista no resultan de la suma de pasos graduales que constituirían sus partes, sino

de la caída violenta de aquel orden, su fuerza y sus valores, hecho monstruoso e inconcebible para el sentido común y el pensamiento posibles bajo su hegemonía. Y de la multiplicación de las capacidades creativas y humanas que la acción revolucionaria organizada misma genera en sus actores, que se van volviendo capaces de crear y prefigurar una nueva sociedad.

Las prácticas —distributivas, productivas, militares, ejecutivas, de opinión, educativas, etc.— de la gran masa constituyen su participación esencial en la economía y en el modo de producción de transición socialista. A la vez, cualesquiera que sean sus ocupaciones y niveles de escolaridad, los cubanos tienen hoy amplias y articuladas percepciones de la economía nacional, inscritas en ideas generales acerca de sus vidas y actitudes individuales, de la comunidad y del sentido y los objetivos de nuestra sociedad. Esta no es poca ganancia, porque forma parte de la preparación de la población para llegar a dirigir directamente los procesos sociales.

Ese camino es inverso al del capitalismo, donde la participación es una y otra vez fragmentada en su contenido, ante todo por la individualización absoluta de las actividades y el egoísmo que motiva a la mayoría de ellas, por la ocultación progresiva del sentido de los hechos sociales, por la enorme cantidad de productos comerciales, materiales y espirituales, puestos al servicio de una adquisición individual regida por el lucro, el valor mercantil, el individualismo; por el predominio del enfrentamiento de todos contra todos sobre las propias normas de convivencia social que ese sistema postula. La percepción del modo mismo de producción de la economía del país que se da entre los cubanos de una conspiración contra el individualismo y el egoísmo, como en el terreno de la realidad material la propiedad estatal y sus formas, más el poder estatal, niegan la ganancia, la obtención de plusvalía, la propiedad privada capitalista, y obstruyen la conversión de la apropiación individual en fuente de reproducción del capitalismo.

La misma realidad del salario, capitalista en su origen e historia, que persiste como la forma más extendida de distribución del ingreso y por lo tanto de la posibilidad de acceso a los consumos individuales, resulta parcialmente negada en Cuba.

El salario no mide la alimentación básica ni la salud del trabajador ni las de sus familiares; la educación en todos sus niveles y especialidades de niños y jóvenes; las posibilidades que tienen las personas que por edad o accidente no pueden continuar en el mundo del trabajo de seguir manteniendo sus medios básicos de vida y los de sus dependientes familiares, y su dignidad personal. Tampoco mide el acceso a una amplia gama de instalaciones y actividades deportivas, recreativas y culturales.

La esfera de la relación salarial ha sido por lo tanto constreñida en su dominio material del asalariado, y no precisamente porque se pueda salir de ella individualmente, como un premio al tesón, al ahorro, al estudio, a la adulación, al cargo, al delito victorioso o afortunado, a la posición individual que se obtiene; ha sido

constreñida como un derecho social, de todos. Esa realidad material tan vigorosa y tangible no sería completa y comprensible, sin embargo, si no se tiene en cuenta la convicción profunda que todo cubano tiene de su derecho a la alimentación, el vestido, la salud, la educación, la seguridad social, vacaciones, medicinas, etc. Esta convicción tan fuerte que considera "natural" tener garantizada su vida misma y la de su familia por la sociedad es un avance enorme hacia aquella pacificación de la existencia que poco a poco se ha ido abriendo paso desde el terreno de la utopía hacia el de ideal alcanzable por la sociedad. Lo ganado material e idealmente en el modo en que la distribución de las riquezas se realiza en Cuba significa una reducción extraordinaria de la violencia social.

La reducción de los índices de delincuencia, la eliminación de la mendicidad, y la reducción general del nivel de agresión entre los individuos motivada por el afán de lucro; la reducción de las formas de prostitución y otras actividades no legales o comportamientos no aceptables por la moral o la ley burguesas, pero que debe asumir una parte de la población más humilde para poder sobrevivir; esos logros ya han sido obtenidos en Cuba. La ideología dominante en el capitalismo considera monstruosos aquellas actividades y comportamientos, y exige a los individuos (abstractos) su evitación y a la sociedad combinar la represión con medidas que nunca atacan la raíz de esos problemas. En Cuba se han eliminado en lo fundamental sus causas sociales, y la masa entera de la población, incluidos los niños, viven y crecen sabiéndolo.

Por otra parte, en el terreno del poder político se registra una legitimación continuada de la dirección de la vanguardia política que inició el proceso revolucionario. Como el plazo histórico transcurrido es relativamente breve —sólo treinta años— es un fenómeno posible desde el punto de vista biológico. Pero sus raíces políticas son desestimadas o mal conocidas cuando se examina esa legitimación a la luz de los patrones de la democracia abstracta.

Ante todo, en Cuba ya existía con relativo desarrollo, la democracia burguesa antes de la guerra de liberación. Sin tocar (por falta de espacio: la historia es una dimensión principal de la comprensión de todo presente social) hechos como la lucha de partidos políticos dentro del régimen colonial postrero y el carácter de nuestra guerra de liberación de fines del siglo pasado, lo cierto es que, por ejemplo, la pluralidad de partidos políticos no era una esperanza sino una realidad desde más de dos décadas antes del triunfo de la Revolución.³ Incluso la formación de organizaciones

³ La legalidad constitucional de los poderes públicos fue un valor formal muy estimado desde los inicios de la república. En los 56 años que ella duró se celebraron 13 elecciones generales presidenciales para mandatos de 4 años (excepto un caso). Seis de ellas no fueron limpias, según los cánones democráticos burgueses, 3 para reelegirse el Presidente (¡las que provocaron luchas armadas), 2 para facilitar la conversión de un mismo dictador militar en presidente legalizado, y la última dos meses antes del triunfo de la Revolución, intento fallido de pasarle el Ejecutivo a un cómplice civil. Quince individuos fueron efectivamente Presidentes: 5 fueron depuestos (sólo uno de ellos elegido legalmente), uno fue depuesto mediante el Congreso, dos renunciaron y siete cumplieron sus mandatos. El poder legislativo funcionó casi

corporativas tan amplias como los grandes sindicatos ramales y sus federaciones nacionales eran también una realidad en Cuba dos décadas antes de 1959, quizás con una extensión de las prácticas y organización sindicales respecto al total de los asalariados, y una unidad, superiores a las existentes en el resto de América Latina. Después de las grandes luchas de la Revolución llamada del 30, las clases dominantes tuvieron que reconocer la legalidad general de los sindicatos y fijar cierto límite legal a sus relaciones de explotación con los trabajadores.

En esta segunda etapa de la república burguesa neocolonial, que sucedió a la Revolución del 30, el Estado aumentó su participación en el ordenamiento económico y sobre todo se presentó como un factor de equilibrio y tutelador, "distribuidor de justicia" entre los trabajadores y empleados organizados y los propietarios de los medios de producción. Sus poderes ejecutivo, legislativo y judicial, y sus numerosas instituciones formaban un entramado que funcionaba con regularidad a escala nacional; la dictadura de Batista (10 de marzo de 1952 al 1ro. de enero de 1959) trató de mantener la continuidad de todas las características relacionadas, no sólo para hacer olvidar su origen espúreo sino como complemento a su acción represiva: la hegemonía sobre la sociedad había sido ejercida en los años precedentes de forma democrática burguesa. La reproducción ideológica de ella, encomendada a múltiples agencias que contaban con numerosos medios culturales y técnicos para lograrlo, y reforzada por la progresiva inundación ideológica norteamericana, era muy activa y eficaz.

El aspecto de concesiones económicas de aquel reformismo resultó demasiado mezquino para ampliar sensiblemente su base por si mismo. Y, como sucede siempre, guardaba intangibles las bases mismas del sistema. La magnificación que en su lugar se hizo de la política al uso y de los mecanismos de conflicto y avenencia controlados por el sistema sirvió mucho para mediatizar o impedir rebeldías y protestas, confundir, dividir a los explotados y oprimidos y desalentar las esperanzas de cambios profundos. Pero en ese mismo medio pudieron hacerse claras —en diferente medida, enfoques y extensión— la esencia del sistema y la necesidad de barrerlo por medios violentos, primero para muy pequeños núcleos de vanguardia, después, y mediante su convocatoria y acción organizada, para una masa creciente que terminó abarcando al país. En muy pocos años se produjo la identificación del sistema vigente en la realidad cubana con la explotación más inicua del trabajador, la miseria terrible de los pobres del campo y la ciudad, la inseguridad general, las discriminaciones, la falta de libertades públicas y de autodeterminación nacional.

todo el tiempo, y siempre el judicial. Se celebraron elecciones "parciales" quince veces, para alcaldes, gobernadores y legisladores. Los partidos políticos existían realmente de maneta permanente y a escala nacional; sus primarias, asambleas, alianzas, debates, mítines, luchas internas, actuaciones y declaraciones eran noticia diaria de los numerosos medios masivos existentes, y la propaganda política, de tecnificación creciente, abarcaba el país y la vida diaria.

La guerra de liberación posibilitó, entre otras cosas, la negación del régimen democrático burgués cubano y no sólo de la dictadura. El pueblo se fue sumando a la lucha contra la tiranía, negación palpable de la democracia que debía ser "restablecida"; esta eficaz forma ideológica de comprensión de los fines y de movilización no debe confundirnos, porque significaba actuar contra la tiranía y a la vez contra la democracia politiquera burguesa que la precedió: el pueblo se educó en la lucha contra todo regreso a aquel pasado. Con la incorporación de la masa de la población a la política y a la participación en la lucha de clases durante los años inmediatos al 1ro de enero de 1959, ambas formas de la reproducción política e ideológica del capitalismo, tiranía y democracia, la extrema y la que aspira a ser considerada "natural", cayeron en bancarrota en un plazo muy breve.

Entonces se creó una nueva manera de hacer y de entender la política. En el curso del magnífico y terrible proceso de liberar al país de todas sus ataduras y echarlo a andar en beneficio de la sociedad, hostigado, atacado físicamente, acosado y calumniado sin cesar en nombre de la democracia, la libertad, el anticomunismo, la defensa de la propiedad privada y de los intereses de los Estados Unidos, el pueblo cubano avanzó extraordinariamente en su desarrollo social, comprendió lo esencial de la dominación capitalista y la complejidad de sus diversas manifestaciones y mecanismos, y los abominó a todos por igual.

Es el ejercicio de comportamientos políticos de masas que toman el camino de la liberación total, sus medios más idóneos (incluido el armamento generalizado), la participación y el apoyo más amplio en las decisiones fundamentales (incluidas las consultas directas), la toma física de las empresas de producción y servicios y un grado de participación nunca antes visto o sonado en las relaciones de producción y distribución y en la gestión de las empresas, esos comportamientos y las representaciones que con ellos nacieron y crecieron, son los creadores de la legitimidad del poder político ejercido en las personas de los dirigentes de la vanguardia revolucionaria.

Esta legitimidad mediante la acción y el consenso —y repito, la acción y no solamente el consentimiento— es un fenómeno muy mayoritario que persiste en la Cuba de hoy aunque las condiciones actuales son en buena medida diferentes.

¿Por qué ha podido hacerse permanente hasta hoy la legitimidad del poder revolucionario? Algunos arguyen que el entusiasmo de los primeros años fue sustituido por la maquinaria de propaganda y por la eficacia de la policía política. Estos argumentos, típicos del anticomunismo de décadas anteriores, carecen de seriedad para un análisis: un país entero poblado por tontos repetiría o se asustaría al unísono durante un cuarto de siglo. Si permanecemos en el terreno del conocimiento, podemos advertir, en primer lugar, que la profunda redistribución de la riqueza social efectuada en Cuba ha sido un factor primordial de profundización y ampliación de la

participación y el consenso desde los primeros años de la Revolución. Ella liquidó el desempleo, aseguró el ingreso decoroso a todos e ingresos muy superiores a cientos de miles de personas, extendió las formas fundamentales del consumo —y otros muchos bienes y servicios hasta entonces considerados como lujos— a la vida de la gran mayoría de las familias, fue creando un complejo impresionante de aseguramientos para la actividad y vida de toda la sociedad, a partir de una redistribución de la riqueza social como nunca antes se había pensado, o siquiera soñado, por las organizaciones y personas progresistas de nuestro país.

Otro aspecto fundamental de la redistribución de las riquezas es el de la redistribución de la autovaloración de las personas, de la percepción de lo debido y lo posible para cada individuo, en este caso la expectativa de gozar de la dignidad humana.

Ella se realizó no sólo en cuanto a los medios materiales y sociales de vida sino también en cuanto a la autosatisfacción de pertenecer a la sociedad socialista y de pertenecer a la sociedad cubana. Un orgullo de ser cubano se extendió, y se relacionó con esa seguridad material, con la liberación de todo dominio sobre las personas por parte de los antiguos dueños y jefes, y del imperialismo norteamericano. Es decir, se percibió como una libertad.

Libertad, como se sabe, es una expresión a la que se asignan múltiples significaciones. La Revolución Cubana relacionó la libertad con la redistribución radical de la riqueza social entre el conjunto de la población, con el enfrentamiento político en gran escala, continuado, profundo y creciente, organizado y conciente, a los enemigos de la Revolución, con el armamento y la preparación de la población juvenil y adulta, es decir, cientos de miles de personas armadas y organizadas militarmente, lo que constituyó una agencia extraordinaria de proletarización de la sociedad que la economía no podía haber ofrecido nunca. Relacionó la libertad con la pertenencia a numerosas organizaciones sociales cohesionadas alrededor de los fines revolucionarios, con métodos y objetivos muy específicos cada una de ellas, cuyos cientos de miles de organizaciones de base son efectivamente controlados y vividos cotidianamente por la población. Todo ello ha implicado sucesivas redistribuciones del poder político, que es una parte de la riqueza social perfectamente perceptible por el hombre moderno, y muchísimo más por el hombre en revolución.

Se trata de la realidad de tener el poder en las manos y entre las manos, que da el pertenecer a organizaciones políticas y sociales y a formaciones militares voluntarias, y enfrentar desde ellas la lucha política, pertenecer a ellas como parte de la lucha política de un pueblo entero, de una voluntad colectiva. Se produjo tal distribución del poder político que al reconocer a la vanguardia el cubano reconocía en ella también a su poder mismo, al poder de sí mismo, pero de tal manera que negaba, en el mismo acto, al modo de producción individualista de la vida burguesa. El poder de uno mismo

sólo tenía significado en el poder social de la revolución socialista.⁴ Esa fuente de legitimación renovada de la dirección revolucionaria persiste todavía.

Se produjo una inmensa reeducación social de los adultos, no exenta de dificultades tremendas. El trabajador había estado sometido al egoísmo de su trabajo frente al desempleado, de su calificación frente al no calificado; al egoísmo de lo poco que le ha tocado, de lo que ha logrado obtener. Estaba sujeto a la rutina de los procesos productivos que no admiten modernización, porque están basados en el régimen económico neocolonial, para el que los bajos costos de personas y productos resultan demasiado importantes. Estaba sujeto a un complejo espiritual de vida tremendamente limitado, de una manera intencional, por el régimen capitalista que imperó en Cuba, para que su tiempo libre fuera ocupado de modos inofensivos al sistema y que reforzaran su hegemonía. Así el machismo, el racismo, el alcoholismo, el juego, las relaciones brutales entre las personas, la falta de intereses relacionados con las artes.

Todo el modo antihumano de reproducción de la vida fuera del trabajo tuvo que ser rechazado, y en una medida enorme derrotado, por una revolución que sin embargo no registraba grandes progresos en el crecimiento del producto económico en los primeros doce o catorce años de su existencia.

¿Por qué fue esto posible? Las fuerzas productivas en el capitalismo, decía Marx, son las fuerzas productivas del capital. Si separamos las relaciones de producción de las fuerzas productivas mismas no entenderemos ese carácter de estas. Es el trastorno profundo de las funciones de la actividad humana y los resultados del proceso productivo al tomarlos a su cargo los individuos de las clases explotadas, más los actos concientes de la vanguardia organizada como poder político y estatal, y el vuelco radical dado al conjunto de creencias e ideologías que regían la reproducción espiritual del modo de dominación —esos tres cambios decisivos— lo que integra la práctica revolucionaria que permite representarse idealmente, e incluso teóricamente, que todo pueda ser de una manera diferente a como es en el capitalismo. Las ideas teóricas sobre el socialismo cubano sólo pudieron desarrollarse en el curso de la formación efectiva del nuevo régimen; ellas ayudaron, pero no determinaron los cambios en los hombres. Es vivir la revolución lo que cambio y cambia a las gentes, y a las maneras que ellos tienen de entender y valorar la sociedad.

El proceso de transición socialista tiene que enfrentarse a la persistencia de las relaciones mercantiles —y a su dominancia en el plano internacional— y a la simultánea insuficiencia de su capitalismo anterior para completar la subsunción del trabajo al capital con el desarrollo contradictorio que ella implica: ⁵doble y complejísimo

⁴ “Fidel es un seudónimo colectivo”, resumía en frase feliz un amigo latinoamericano tratando de sintetizar este aspecto de la sociedad cubana

⁵ “La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado...también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. [...] En estos

problema que presenta brutalmente la realidad a nuestras revoluciones. La revolución se produce mediante la violentación —monstruosa, si se quiere— del conjunto de la vida social producida a partir de la acción conciente que se vuelve masiva. Para continuar siendo un proceso revolucionario de transición al socialismo y al comunismo, tiene que avanzar una y otra vez en el terreno de los cambios descritos arriba, violentando una y otra vez las condiciones de reproducción de la economía, de la política y la ideología. El motor principal en todo ese proceso lo constituye ahora la educación.

Esa educación es, ante todo, el cambio de los seres humanos mismos, de los que fueron explotados, dominados, humillados, enfrentados entre sí, utilizados, engañados, deformados, mediante la acción de ellos mismos, a escala de la política organizada, de los centros de trabajo, de las agencias, los actos y los centros en que se vive la vida de la reproducción social, la vida del no-trabajo, incluida la esfera individual-familiar. No sin grandes dificultades, decíamos; agreguemos que no sin grandes ausencias, deficiencias, recurrencias en el modo anterior capitalista o clasista, faltas que medimos con relación a un ideal cuyos plazos, fases posibles de realización, métodos, no hemos precisado suficientemente. (Quiero introducir una preocupación principal. Tantos problemas a los que apenas aludimos aquí resultan tan importantes que nos revelan que las ciencias sociales y el pensamiento latinoamericano están aprovechando en una ínfima medida el inmenso laboratorio que es Cuba en América, para el conocimiento de algo tan básico para los pueblos como es el cambio liberador de las condiciones de la vida social).

La redistribución de la riqueza social se sigue dando en Cuba hasta hoy: si no fuera así no habría ya revolución. Lo que cambia es el contenido de ella. Primero se advierte la multiplicación, la masificación de vida y de educación que va desde comer tres veces al día y utilizar un conjunto creciente de objetos, bienes y servicios que antes sólo utilizaba una minoría, y habituarse a ello, hasta aprender a realizar una gran cantidad de nuevas tareas y funciones, adquirir numerosas habilidades, conocimientos y gustos, y la necesidad de acrecentarlos. Después se constatan cambios cualitativos, algunos de ellos decisivos, en la mayoría de las personas, otros que afectan a partes de la actividad y de la conciencia de sectores más o menos numerosos de individuos, todos ellos cambios en la dirección del ideal liberador del comunismo. Y se van fijando con más facilidad en la generación de los niños atributos para una existencia de adultos que son muy superiores a lo que el estado económico y social actual del país "debería" (en una concepción mecánica) producir. Se va redistribuyendo así la riqueza que vendrá, ampliando prácticamente a la escala de toda la sociedad los actores capaces

que llegarán a portarla y que producirán las necesarias sucesivas revoluciones de la sociedad en transición.⁶

Se produce, es cierto, una incongruencia entre el estado de la economía —a pesar de que el crecimiento del producto en los últimos trece o quince años ha sido en general muy superior al de la etapa de “todo para la defensa”, retos mortales y cambios tremendos que los precedió— y el desarrollo del proceso educativo, agónico a veces, difícilísimo siempre, de la población adulta, y muy fuerte y extraordinariamente multiplicado de la población juvenil e infantil. Incongruencia entre educación y economía que también es digna de estudio, pero a la que no consideramos una señal de fracaso o un problema insuperable, sino una contradicción lógica dada la realidad del mundo que el capitalismo creó: la contradicción entre la posibilidad de un despliegue continuado de las creaciones humanas y sociales : que ha significado la gran producción basada en la cooperación y el intercambio sociales, y la formidable negación de esa posibilidad basada en la explotación capitalista del trabajo, el lucro y el afán de lucro, la mercantilización generalizada, el imperio de la ganancia, el individualismo y el egoísmo, la dominación política e ideológica, el colonialismo y el neocolonialismo, la represión generalizada, tecnificada, interiorizada que el capitalismo ha creado. Los efectos de esa contradicción tremenda se advierten aún en los países liberados como el nuestro, en la diferencia entre las posibilidades de desarrollo de sus seres humanos y las posibilidades del desarrollo de una economía mercantil abierta, de insuficiente productividad, eficiencia y poder ante el mercado en que debe realizar sus principales productos.

Es la existencia de un campo revolucionario en el mundo, y con él la cuestión de la inevitable y creciente dimensión internacional de las revoluciones contemporáneas, lo que franquea la posibilidad de no ser brutalmente estrangulado por el capitalismo mundial. Sin internacionalismo no es posible plantearse seriamente un proyecto verdadero de liberación nacional, ni considerarse parte tampoco del campo revolucionario. La participación de la dimensión internacionalista en el sistema de transición socialista no debe ser comprendida como “algo más”, o como parte de la actividad exterior del Estado, o como “un deber”. El internacionalismo es la subversión mediante la práctica revolucionaria de las imposibilidades “materiales” que el desarrollo limitado de las sociedades en revolución pone a los proyectos socialistas, para defenderse y para desarrollarse frente al capitalismo mundial que es su enemigo. Y es a la vez la práctica revolucionaria que permite al país que lo brinda elevar su desarrollo socialista y humano a un grado y un ritmo muy superiores a lo que permitiría una lucha estrictamente nacional contra los elementos de la manera de producir y de vivir burguesa que persisten o asedian al régimen de transición

⁶ Una señal reciente de ese futuro que tendremos ha sido el V Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), la primera semana de abril pasado; allí los delegados discutieron libre y profundamente sobre todo las deficiencias de nuestro sistema, en absoluta comunicación con Fidel.

socialista. Sin olvidar la importancia suma de este tema, no lo desarrollaremos aquí, para continuar con el que resulta central en este trabajo.

Educación, redistribución, participación, forman el complejo entramado del cual va saliendo el crecimiento del poder del pueblo y de su capacidad para profundizarlo. Mientras, la continuidad del liderazgo revolucionario enlaza, para la masa mayoritaria de la nación, el origen y la historia del proceso que ha vivido con los fines y el proyecto de sociedad a que aspira y los rasgos fundamentales de la sociedad en que trabaja y vive. Fidel Castro encarna esa continuidad en su triple dimensión. Fuera de Cuba no es fácil para muchos entender el contenido esencialmente de futuro de su liderazgo, y es lógico; además de la diferencia decisiva de visión que da un país en revolución, no pueden dejar de pensar en los caudillos de las historias de América que han leído o vivido.

Sin hablar del carácter irreductiblemente diferente de su función, el liderazgo de Fidel es objetivamente una enorme fuerza de la Revolución Cubana: brinda confianza en una gran suma de principios revolucionarios que sirven de brújula, constituye un ejemplo palpable a seguir, expresa la cohesión y la unidad de todos los revolucionarios, proporciona una clarificación y concientización constantes con rigor aunado a nivel pedagógico, pone el dedo en la llaga de las deficiencias de los hombres y el sistema una y otra vez, contraponiéndoles su inmensa autoridad moral.⁷

El Partido Comunista es la organización más poderosa del sistema cubano. Este poder reside ante todo en su enorme autoridad moral: basado en la ejemplaridad previamente reconocida por el medio inmediato en que actúa cada individuo, y en la selectividad, el Partido ha ido creciendo lentamente hasta pasar hoy de medio millón de miembros, y construido su lugar en la sociedad, sus métodos y fines en el mismo largo, difícil y creador proceso de la Revolución. Sus organizaciones de base existen en todas las colectividades del país, con estructura y funciones muy definidas. Su influencia, su prestigio, las funciones efectivas de sus niveles intermedios, obran además como factores de equilibrio de poderes ante el de las instituciones estatales: un balance político y participativo para cientos de miles, que se suma desde una dimensión decisiva a los equilibrios legales y de controles que tiene el sistema.⁸

⁷No es este un criterio completo sobre Fidel Castro, que no es el caso exponer aquí, sino de lo que estimamos atinente al tema que tratamos. Es necesario agregar al menos que nadie como él ha desarrollado en América los temas de la transición socialista. Sus exposiciones de casi tres décadas sobre este asunto, repartidas en innumerables discursos, entrevistas, etc., merecen más consideración en el terreno de los estudios y la teoría social, aunque no tengan la organización tradicional en libros que ha sabido exhibir la teoría.

⁸ La gran diversidad de los sistemas de referencias a que nos referíamos al inicio se ejemplifica muy bien con el problema del partido único. Que sólo tengamos uno, motiva interrogantes y preocupaciones bien intencionadas a numerosos extranjeros; sin embargo, nunca ha estado presente este problema en los innumerables análisis y expresiones críticas de nuestras deficiencias realizados por nosotros mismos.

El Estado, con su red de instituciones indispensables dada la gran cantidad de tareas que le corresponden, las organizaciones realmente de masas que con características y funciones muy diferenciadas constituyen múltiples instancias organizadas de participación para la población,⁹ los medios de reproducción social de nuestras ideas, y los modos como ellas mismas son vividas por el pueblo, y las interrelaciones de todos los elementos referidos, integran el conjunto del sistema revolucionario de transición socialista cubano.

Desde hace poco más de un año Fidel viene reclamando, exponiendo y defendiendo la necesidad de un proceso de rectificación de errores y tendencias negativas desarrolladas en los últimos años en nuestro país, tanto en la economía como en el trabajo político e ideológico. En docenas de discursos e intervenciones en asambleas de las más diversas organizaciones,¹⁰ Fidel ha estado profundizando en las raíces de esta situación a la vez que divulgándola para facilitar su comprensión y superación, requiriendo que todos y cada uno —instituciones, organismos e individuos— hagan suya esta batalla y participen en ella, apelando a la vergüenza revolucionaria y a los valores socialistas y comunistas, instigando a todos a actuar en defensa del desarrollo socialista de todos los aspectos de nuestra formación social y del proyecto comunista de nuestra Revolución.

⁹La UJC, organización política selectiva de la vanguardia de los jóvenes, con más de 600 000 miembros y tareas importantísimas en la formación de niños y jóvenes. El movimiento sindical, con tres millones de miembros (casi la totalidad de los trabajadores), que trasciende totalmente en sus actividades a las de los sindicatos del mundo capitalista. Las Milicias de Tropas Territoriales, con millón y medio de hombres y mujeres organizados, armados y entrenados, articulados con las Fuerzas Armadas y sus reservas a partir de la doctrina de guerra de todo el pueblo, constituyen una formidable organización de masas. Los Comités de Defensa de la Revolución, con 6,5 millones de miembros, la más amplia organización de masas que cumple numerosas tareas sociales y existe efectivamente en todas las cuadras. Las circunscripciones de base del Poder Popular y sus órganos locales. La Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, que impulsa la cooperativización voluntaria del sector y agrupa a todos los campesinos. La Federación de Mujeres Cubanas, con más de tres millones de miembros y tareas diversas, que impulsa la participación femenina en favor de su completa liberación. Las organizaciones estudiantiles, de gran tradición, que agrupan a medio millón de estudiantes. La organización de pioneros “José Martí” con 1 700 000 escolares de primaria y secundaria, importante agencia de socialización revolucionaria.

¹⁰ En 1986 las principales fueron: XXV Aniversario de la Victoria de Playa Girón (19-4), en el hospital “Salvador Allende” (2-5), II Encuentro Nacional de Cooperativas Agropecuarias (18-5); XXV Aniversario del Ministerio del Interior (6-6); Reunión de Análisis de la gestión de las empresas habaneras (26-6); Pleno preparatorio del Congreso de la Unión de Periodistas; X Período de Sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular (3-7); II Pleno del Comité Central del PCC (17/19-7); Aniversario del 26 de Julio; en el III Congreso de los CDR (26/28-9); Sesión diferida del III Congreso del PCC (2/12); en Bayamo (19-12); en la Asamblea Nacional (26 y 27-12). En 1987: reunión del Comité Provincial del PCC en Ciudad Habana (7-1); III Congreso de la FEU (10-1); 53° Pleno de la CTC (14-1); Reunión Anual de directores de empresas del MINBAS (1-2); V Congreso de la UJC (2/5-4); VII Congreso de la ANAP (17-5); Plenos Extraordinarios del PCC en los Municipios Guanabacoa y Diez de Octubre (fines de mayo).

Esta franca y abierta campaña —ante amigos y enemigos, como es tradicional en la Revolución Cubana— no pretende, dadas sus características, llegar a soluciones rápidas y providenciales que añaden el riesgo de resultar engañosas o efímeras. No intentaremos, por tanto, juicios apresurados acerca de su curso y su futuro. Más bien comentaremos los fundamentos del problema y de la estrategia y los métodos con que la Revolución lo enfrenta, tomando como punto de partida lo que hemos planteado hasta aquí.

La raíz última que explica que pueda llegarse a situaciones como las denunciadas por Fidel está en las dos insuficiencias fundamentales a que se enfrenta la transición socialista, tratadas arriba: persistencia de las relaciones mercantiles, a escala nacional aunque estén subordinadas al poder revolucionario y a escala internacional mediante la existencia y la fuerza del capitalismo mundial y las relaciones que se tienen con él, por una parte; por otra, y complementariamente, insuficiente desarrollo de las capacidades productivas y demás capacidades de los individuos y de las empresas, hijos de las grandes revoluciones técnicas y de la división del trabajo social que en el capitalismo metropolitano, imperialista, se ponen al servicio de la burguesía, pero que en los países sometidos a la explotación y la dominación colonial y neocolonial han sido negadas, limitadas o sometidas en su implantación parcial a razones de ser externas.

¿Cómo se concretan esos enemigos de la transición socialista en las sucesivas etapas por las que atraviesa un proceso dado?

En el prolongadísimo debate producido dentro del campo revolucionario en torno a las cuestiones fundamentales de la transición socialista y la lucha por el comunismo, la exigencia de concretar el análisis a las situaciones determinadas de cada país ha debido siempre marchar pareja a la observancia de cierto número de principios que separan a la revolución de liberación, comunista, de las diferentes variantes del reformismo. En nuestro caso fue la experiencia práctica, repetimos, y que puso a punto, desarrolló, modificó e incluso creó las ideas teóricas, más de una vez en el curso de estas tres décadas, y es forzoso que siga sucediendo así

El problema de los límites de la voluntad y acción organizadas respecto a su condicionamiento "objetivo", que estaría preso de la doble insuficiencia referida, tiene base en realidades duras.

El funcionamiento del capitalismo se hace uno con la actuación individual y social mediante "leyes ciegas", esto es, mecanismos sociales que articulan "el reino de la economía" con las demás esferas de la vida en una totalidad que reproduce permanentemente el modo de producción y de vivir capitalista.

La voluntad y acción organizada socialista durante la transición tiene que abrirse paso mediante una combinación de elementos (y mecanismos, aunque ya no con todas las características que tenían en el capitalismo) del modo capitalista y un nuevo modo de predominio de la voluntad conciente y organizada sobre el "reino mismo de la economía" y las demás esferas de la vida. Y este nuevo modo (¡el socialista!) tiene que tender a dominar la sociedad, sobre los elementos y mecanismos de capitalismo, en un proceso visible y hasta previsible, al menos en los pasos más o menos cercanos, y en la visión del futuro.¹¹

Sólo el que está inmerso de por vida en la pugna angustiosa por sacar adelante la revolución socialista y participar a la vez en el movimiento revolucionario mundial puede darse cuenta totalmente de la complejidad práctica a que se enfrentan las opciones a tomar, y los riesgos que comporta cada una de ellas.

En las políticas económicas posibles, y en el grado en que ellas sean instrumentos gobernables de la acción conciente y comunista de la transición socialista (y no meras políticas económicas de mecanismos que arrastren tras sí a la política y a la ideología) es inevitable chocar con las preguntas encadenadas a su viabilidad como instrumento para garantizar la sobrevivencia, la reproducción y la ampliación de la economía nacional: ¿qué tipo de transición favorece?, ¿qué logramos, y qué rasgos negativos para los pasos futuros tiene su resultante?, ¿cuánta audacia, cuánto azar, cuánto no previsible contiene?, ¿qué posponemos, cuánto nos costarán las posposiciones?

¹¹ Este tema, que quema las páginas de los últimos años de Lenin, está entre lo más valioso de sus aportes al pensamiento mundial. Su desarrollo en la Revolución Cubana se puede encontrar sobre todo en la obra, casi toda en discursos, de Fidel Castro. Ernesto Che Guevara le dedicó artículos e intervenciones que con su actividad práctica forman un conjunto insoslayable para el estudio de tema (Cfr. "Sobre el sistema presupuestario de financiamiento", "La planificación socialista, su significado," etc.).

En el curso del extraordinario proceso de liberación y de avances socialistas que hemos tratado de exponer se desataron y se organizaron sucesivamente fuerzas cada vez mayores a favor de los cambios revolucionarios. El contenido de ese proceso forma parte decisiva de la historia de la Revolución.

Fueron esas fuerzas desatadas y sucesivamente organizadas las que salvaron la vida misma de la Revolución frente a sus enemigos, y las que realizaron las tareas increíbles, imposibles para el sentido común, que pusieron a los individuos, al pueblo y al país en un nuevo medio social radicalmente diferente al del capitalismo neocolonial. "Crear riquezas con la conciencia, no conciencia con la riqueza", "convertir a la sociedad en una gigantesca escuela", "el poder del pueblo, ese sí es poder", "a comer parejo", "democracia es esta", "pensar con cabeza propia" "ser como el Che", "no queremos construir el paraíso en las faldas de un volcán", "el deber del revolucionario es hacer la revolución", son expresiones concretas de una época de cambio radical.

Los errores de extremismo, o de idealismo —como les ha llamado Fidel— cometidos en esta primera etapa de la revolución en el poder fueron muy criticados en los años que siguieron. La estructuración de la política económica implantada después, y la institucionalización estatal coetánea a ella, fueron dando paso, sin embargo, a la ilusión de que los mecanismos implantados por el sistema de dirección y planificación económica, unidos al funcionamiento supuesto al Estado y sus órganos, producirían casi espontáneamente el socialismo.

El socialismo y el comunismo no surgen espontáneamente.

Por el contrario, sólo serán el fruto de la tenacidad, la abnegación, la ampliación y la profundización continuada de la acción conciente y organizada de la vanguardia y de las masas.¹² Un conjunto de medidas de corrección del rumbo iniciadas a fines de 1984 pretende rectificar los errores y sobre todo las tendencias negativas para el desarrollo del socialismo que florecieron en esta segunda etapa: la apelación desmedida interés material individual, la multiplicación de la burocracia y del espíritu burocrático, el predominio de puntos de vista tecnocráticos, y a la vez la dilapidación de recursos, la inflación de las plantillas, los pagos indebidos por el trabajo, la corrupción, la utilización de las atribuciones personales para obtener privilegios y ventajas materiales irritantes, las formas más diversas de burlar la propia ordenación económica y legal por parte de empresas y organismos, el descontrol, entre otros. Consecuencias muy negativas de esas tendencias han sido el gran prestigio atribuido en el terreno ideológico y organizativo al poder de los mecanismos monetarios mercantiles para resolver las cuestiones más importantes, unido en forma

¹² "... sin las masas el socialismo pierde la batalla: se burocratiza, tiene que usar métodos capitalistas, tiene que retroceder en la ideología. Así que no puede haber sociedad más democrática que la socialista sencillamente porque sin las masas el socialismo no puede triunfar" (Fidel Castro: Discurso en la Plenaria Provincial de la CTC, 3 de septiembre de 1970).

aparentemente extraña a la ineficiencia, al seguidismo acrítico de otras experiencias y la falta de inventiva, al silenciamiento de todo problema y de las críticas de los revolucionarios, a la autosuficiencia y el encumbramiento.

Estos híbridos hijos del mercantilismo subdesarrollado no combatieron, sino que reforzaron o incluso auspiciaron tendencias que la Revolución ha luchado siempre por erradicar: el parasitismo, el chanchullo, el vivir de hacer transacciones a costa de la sociedad, el ausentismo, la inacción ante lo que no está normado expresamente que uno debe hacer y ante todo problema que no se haya ordenado previamente que uno debe resolver, dos frutos dilectos del burocratismo, la falta o la no expresión de criterios, la cobardía política, el acomodamiento, el amiguismo, entre otros. Muy fuertes riesgos se corrían si a ello se va uniendo el conformismo, el confusionismo o la desilusión de aquellos que están en condiciones de combatir esas tendencias en un país que tiene un poder revolucionario.

A partir del discurso del 19 de abril de 1986, sin embargo, Fidel inicia y encabeza un proceso que es una superación cualitativa de las críticas y medidas tomadas en los dieciséis meses anteriores. Se trata de una apelación a las fuerzas fundamentales con que cuenta el socialismo cubano, y de una campaña destinada a movilizar y potenciar esas fuerzas, clarificándolas, tocando sus resortes más valiosos y confiando en sus acciones organizadas, como método para obtener iniciativas eficaces, esfuerzos suficientes y resultados de valor permanente en la creación de la nueva sociedad.

Esas fuerzas son, naturalmente, las del pueblo organizado y los valores que le corresponden, creadas por la revolución. No hay un átomo de figura de retórica en esa afirmación. Todo lo que hemos expuesto hasta aquí nos reafirma que, si entendemos qué cosa es realmente el capitalismo, su especificidad, su fuerza y sus manifestaciones; si entendemos qué cambios tan formidables y difíciles incluso de pensar en las gentes y las sociedades implica la transición al socialismo y al comunismo, entonces está claro que sólo la acción conciente más decidida, enérgica y organizada, que afecte a todos los niveles y esferas de la vida social continuamente, que encuentre fuerza y cohesión en valores nuevos que sean vivibles e inspiradores de los sacrificios necesarios, será lo que conduzca a la victoria.¹³

No se trata entonces de optar "por la conciencia", como una opción caprichosa o que podría no ser la opción escogida frente a otra mejor: se trata de que esa acción conciente que describimos arriba es la única opción posible para alcanzar el socialismo en nuestras condiciones y en el mundo en que vivimos.

¹³ Escojo dos entre tantas exposiciones de Fidel sobre esta cuestión central: "En el capitalismo funcionan las leyes ciegas, la ley del hambre, la ley de la supervivencia que obliga al hombre a hacer enormes esfuerzos en cualquier sentido. En el socialismo el factor fundamental es la conciencia de los hombres y mujeres del pueblo" (en Bayamo, 19-12-1986), "¡ Es la Revolución la que vino a crear aquí una escala de valores grandes, de todo tipo! Y el único cemento que nosotros tenemos son esos valores, lo único que nos da unidad, nos da disciplina, nos da motivaciones, aquí, al lado de Estados Unidos" (en la Asamblea Nacional, 3-7-1986).

Es de la mayor importancia recordar que aquella acción conciente no está sujeta a las mismas condiciones precarias de hace dos décadas; obran a su favor los logros en la producción y la productividad, la introducción de tecnología y técnicas, el desarrollo de infraestructuras, el auge extraordinario de la educación general, técnica y política a nivel masivo, las experiencias prácticas también masivas de internacionalismo, la experiencia de aciertos y errores en la economía y en la esfera estatal de gestión económica y de administración general, la creación y despliegue de poderes populares locales, la constitución efectiva y desarrollo de las organizaciones de masas y la conversión de la vanguardia política en un partido grande, muy organizado, experimentado y con una inmensa fuerza moral y prestigio ante todos. Estos frutos del proceso revolucionario, además de evidenciar que innumerables aspectos de nuestra sociedad ya no son como antes ni lo serán nunca más, se constituyen en condiciones de la viabilidad del proyecto actual de rectificar errores, y de crear métodos y soluciones nuevas que ayuden a profundizar nuestra vía socialista.

En un sentido diferente, el reconocimiento de que se trata de una lucha larga, que puede durar años, tiene por lo menos dos implicaciones que quiero destacar. Una es la constatación de que hay que enfrentar un conjunto de problemas que han alcanzado un relativo enraizamiento, facilitado por las razones fundamentales a que aludimos arriba. La otra, a mi juicio mucho más importante, es la comprensión de que sólo utilizando los instrumentos fundamentales del poder popular socialista podrán vencerse las lógicas resistencias de las deformaciones ideológicas y los intereses creados de una manera eficaz; esto es, sin apelar a violencias, apresuramientos y extremismos que comprometen el éxito, la fuerza moral y la permanencia de las rectificaciones en una sociedad revolucionaria, y a la vez convirtiendo el proceso en una multiplicación de las convicciones, de la eficiencia de los órganos económicos, políticos e ideológicos de la sociedad, y de la confianza de todos en el socialismo y en el proyecto comunista.

El trabajo político y revolucionario emerge entonces como lo fundamental, y el ser humano es el centro. Al ser así la conciencia resulta primordial. A la acción organizada y conciente se subordinan incluso los mecanismos procedentes del capitalismo que nos vemos obligados a utilizar en la transición socialista. "De otra forma sería imposible construir el socialismo", enfatiza Fidel.

No quiere esto decir que las cuestiones económicas deban relegarse; todo lo contrario, es la comprensión de que sólo la organización, las motivaciones y la responsabilidad generadas por el trabajo revolucionario pueden propiciar la eficiencia empresarial y de la economía en general en las condiciones del socialismo, y a la vez impedir que en tren en conflicto los intereses de una empresa con los superiores de la sociedad. Ni se trata tampoco de contraponer conciencia a política económica., sino de comprender que en la transición socialista ya la economía política y la política

económica no son más un asunto meramente económico. Esa idea aparentemente sencilla confronta grandes dificultades para prevalecer, porque es totalmente opuesta a la cultura burguesa, que creó para el mundo de los cultos, los especialistas y la ideología, una separación nítida entre economía. y política.

El proceso de rectificación significa también, en este campo, que cualquiera que sea la política económica aplicada, ella debe ser un instrumento de la lucha por el socialismo y el comunismo. Un fin tan alto la convierte en interés de todos, exige la participación de todos, requiere que sea tarea de todos, y que sus resultados, los juicios y las valoraciones que sobre ella se tengan sean de todos.

La más amplia participación popular es requerida, pero ella no se logra solamente con exhortaciones. Aunque se ha avanzado mucho desde los tiempos en que la comunicación más directa entre las masas y Fidel y demás líderes, por un lado, y las decisiones y actuaciones individuales más comprometidas y trascendentes, por otro, suplían la insuficiencia de estructuras intermedias, es evidente que las necesidades de hoy no son satisfechas por los canales y medios existentes. Estos son, sin embargo, numerosísimos, lo que facilita la lucha por hacerlos eficaces o sustituir algunos por otros más adecuados.

El papel del Partido, por las características que tiene, resulta de suma importancia en el proceso de incorporación, de clarificación, de convencimiento y de actuación de la masa de la nación, y también por las tareas que puede cumplir como partido mismo a la vanguardia de la rectificación, no administrando o sustituyendo al necesario aparato estatal y de empresas e instituciones, pero si dando el ejemplo, formando, orientando, dirigiendo la superación de las tendencias negativas y la lucha por la eficiencia, el desarrollo y el socialismo.¹⁴

El V Congreso ha demostrado que la .Juventud Comunista encarna un relevo generacional probablemente decisivo para impulsar este proceso.

Un enorme número de reuniones de discusión con muy amplia participación de las bases y sus representantes se ha venido celebrando, en las instancias de base, municipales, provinciales y nacionales: de las empresas económicas de producción y servicios, de las cooperativas agropecuarias, de las diversas organizaciones de masas, la Juventud y el Partido. Allí se han discutido en detalle los problemas, con el

¹⁴ "... el Partido sabe lo que quiere y está aprendiendo cómo hacerlo, y está empleando, además. un nuevo estilo de trabajo... se ha vertido hacia los problemas del país en un grado mayor que lo haya hecho nunca, y hoy se ocupa de muchos problemas de los cuales no se ocupó durante años. Hoy el partido esta en el centro y a la vanguardia de esta batalla por la rectificación de errores, en esta lucha contra las tendencias negativas" (Fidel, III Congreso del PCC, 2-12-1986).

"Nosotros no podemos incurrir en la ilusión o en el error. en ningún momento, de que el socialismo y el comunismo se pueden construir sin el Partido, sin el trabajo abnegado del Partido y de la Juventud, sin el trabajo revolucionario, sin el trabajo político..." (Fidel. V Congreso de la UJC, 5-4-1987).

beneficio de la concreción, y profundizado en sus causas, denunciado situaciones y propuestas numerosas iniciativas.

Los medios masivos de comunicación tratan de llevar a todo el pueblo las informaciones sobre las reuniones, opiniones, denuncias, críticas, y las intervenciones orientadoras de Fidel. Ellos reflejan un cambio en el sentido de un impresionante aumento de la información, la franqueza, la crítica y la autocrítica, la convicción y la profundidad en los análisis. La actividad y la divulgación unidas producen un fuerte impacto ideológico que pone en cuestión situaciones y devela deficiencias allí donde reinaba una tranquila complacencia, con los consiguientes beneficios para la Revolución.

En mayor o menor medida, todos los órdenes de la vida cubana van siendo afectados por este proceso. Y en la incorporación y profundización de la participación popular a los niveles mayores están implicados a la vez los procesos de educación y de redistribución de la riqueza social que explicamos antes.

Cambios cualitativos en la educación que deben hacer más capaces a los cubanos de dominar las revoluciones científicas y técnicas de nuestro tiempo y de dominar el proceso social de transición socialista: redistribución de la riqueza que siga disminuyendo las desigualdades sociales y que incluya mayor distribución del poder político y de las ideas y motivaciones más nobles y humanas, las comunistas.

Una verdadera revolución dentro de la revolución es lo que significa el proceso llamado de rectificación. El expresa el nivel tan alto de desarrollo al que la revolución socialista de liberación nacional ha llevado a Cuba, en lo material, político y espiritual. No hay nada en este proceso comparable o parecido a la democratización del capitalismo que en numerosos países de América Latina actual se enfrenta, ambigua o angustiosamente, a la terrible crisis coyuntural y la aún más terrible conjunción de estructuras de explotación, dominación, marginalización, subdesarrollo y represión del capitalismo y el imperialismo, que atenazan férreamente los intentos de realizar reformas. Esa constatación, en vez de envanecernos tontamente, nos recuerda aún más que somos una especie de venganza moral para los oprimidos de este mundo¹⁵ y que tenemos el deber de contribuir también ante el movimiento revolucionario internacional no sólo manteniendo el poder socialista y sus logros, sino profundizando en los métodos y los objetivos de liberación que puede y debe plantearse una sociedad latinoamericana y del llamado Tercer Mundo.

? Renunciará la humanidad al objetivo del comunismo, ante las realidades de determinadas limitaciones materiales, ante las realidades de determinadas características del hombre?, preguntaba Fidel en el Congreso de los jóvenes comunistas.

¹⁵ Fidel Castro: Discurso, 5-4- 1987.

Los argumentos suyos, nuestros, para denegar esa renuncia son testimonio de que las ideas revolucionarias del marxismo leninismo tienen ya suelo real e interpretaciones propias en América, de que ya es posible que los sueños de hoy, como reclamó José Martí, sean la ley de mañana, y que la utopía y la esperanza se articulen sin temor con organizaciones, proyectos, luchas y realidades. Se hace más fácil entonces entender que en una reunión de trabajo de un congreso de una organización social un dirigente revolucionario exprese:

... creo que de esta eterna insatisfacción es de donde nacen las revoluciones y de esta eterna insatisfacción es de lo que nace el progreso humano y de esta eterna insatisfacción con lo que hemos hecho, la eterna insatisfacción con nuestro socialismo, es lo que al fin y al cabo algún día nos conducirá al comunismo.¹⁶

¹⁶ Fidel Castro, en una sesión del III Congreso de los CDR.